
4. Arqueología Histórica: Una reflexión sobre contextos negros en la Ciudad de México

*Alfredo Feria Cuevas (Centro INAH Tabasco).
América Malbrán Porto.*

*Y si la suerte le hizo
de color negro o cobrizo
¡Miserio de él!
Pues su horizonte es sombrío,
Su aire seco, su sol frío...*

José Jacinto Milanés (1814-1863)

Es raro que se hable de población negra en México y más raro aún que alguien se refiera a la presencia de habitantes negros en la Ciudad de México, a tal grado que han sido prácticamente excluidos de la historia oficial ¿Quién recuerda haber leído en los textos de historia de la primaria o la secundaria que a partir del momento mismo de la conquista de México Tenochtitlán ya había población negra? ¿Y que en algunos casos llegaron a ser aceptados como vecinos de la ciudad? (Motta, 1997:6) ¿Quién recuerda que en la espléndida Ciudad de los Palacios, cada familia rica tenía esclavos negros a su servicio, que les eran máspreciados que los indígenas, ya que estos últimos no les costaban dinero? Sin embargo, se nos presenta una interrogante mayor ¿Por qué no

encontramos nada que nos remita a esa población? ¿Acaso no poseían una cultura material que pueda ser recuperada a través del registro arqueológico? ¿O quizás lo que sucede es que nos hemos dejado llevar por la magnificencia de las culturas prehispánicas y la suntuosidad de la vida colonial olvidando el tercer elemento de nuestro mestizaje? ¿Se trata a caso de un olvido intencional, sistemático? Si bien es cierto que la población africana en México no alcanzó las cifras estratosféricas del Caribe o Brasil, sabemos que hubo esclavos de color desde el momento de la Conquista y que en algunos casos se los envió a las costas donde fueron utilizados como mano de obra especializada en los ingenios azucareros o en tierra adentro donde se los utilizó en la explotación de las minas; su número creció cuando el imperialismo español estructuró la explotación de la colonia a base de una sociedad dividida en castas, definidas por su color de piel. No olvidemos los maravillosos cuadros de Castas, de los cuales existe una maravillosa colección en México, donde se representan en primer lugar a los grupos español, indígena y negro, entonces ¿Cómo es que los hemos pasado por alto si nos miran desde ahí? Ya lo decía Aguirre Beltrán (1989:7) en que sostenía que este grupo “decreció al advenimiento del híbrido libre que hizo incosteable la mano de obra esclavista desapareciendo, por mestizaje, en el correr de la etapa Independiente”.

En el imaginario colectivo, se piensa que la mano de obra negra tuvo solo presencia en los ingenios azucareros y en las minas, sin embargo estos se localizaron en casi todas las actividades realizables en la Nueva España. Aunque su presencia fue imperceptible y borrada casi en su totalidad a los ojos de las clases sociales mayoritarias.

Entre los muchos problemas que el desdibujo de la memoria ha traído es el no recordar que lo que se llamaba genéricamente “los negros” no era un grupo humano homogéneo, ya que provenían de diferentes regiones de Africa, incluso desde Asia y allí en especial desde la India. Había entre ellos musulmanes, indúes, árabes y gente proveniente de Madagascar, Camboya o Tailandia; pero a los ojos del blanco todo era igual, todos eran negros, como los indígenas eran todos indios. Pero así como un irlandés no es un siciliano, un habitante

del Congo no era uno de Guinea o un Zulu; tenían idiomas, religiones, artes y costumbres diferentes (Schávelzón, 1999b, 1999c).

Sin embargo existe, en la Ciudad de México, cierto tipo de contexto dejado por un sector particular de la población que ha sido poco trabajado; generalmente esto se debe al desconocimiento de los usos y tradiciones que los acompañaron en su venida a la Nueva España; nos referimos a los contextos que dejó la población negra, quienes a escondidas de sus amos, reprodujeron sus ritos, ceremonias y ofrendas en pos de preservarse y mantenerse como grupo social.

Sin querer ahondar en el tema de la comercialización de esclavos negros en América, es importante saber que en 1453 los turcos bloquearon las rutas comerciales de España con el Mediterráneo occidental, causa que originó que el tráfico de esclavos negros africanos se diera por la zona del Mediterráneo oriental y por los alrededores del Mar Negro (Mondragón, 1999:19).

Es durante el Siglo XVI que la extracción de hombres del continente africano se incrementa, debido a la gran demanda que generó la necesidad de obtener mano de obra para trabajar las nuevas tierras conquistadas en América. Debido a esta gran demanda, se tuvo que regular el tráfico de esclavos provenientes del sur de África, específicamente de Senegal y Nueva Guinea. Para esto la Corona Española implementó diferentes medidas para reglamentar el tráfico, entre los cuáles se encuentra la Casa de Contratación fundada en 1503 en Sevilla, lugar que fungía como único puerto para el tráfico de mercancías que venían de África y que se dirigían hacia América.

Según Vila Vilar (1977:18-25), la trata de esclavos se dividía en dos partes: la primera correspondía a la importación de negros del continente Africano al continente Americano y la segunda parte corresponde a su distribución dentro de todo el nuevo continente. Como ya se mencionó la Corona Española estableció, en 1513, diferentes normas para controlar el tráfico de esclavos, surgiendo como herramienta las licencias y contratos o también llamados asientos (Vila Vilar, 1977:2).

Mondragón (1999:21) nos menciona que existían dos tipos de licencias; las comerciales y las personales. Las comerciales estaban

asignadas a la introducción masiva para satisfacer las necesidades de mano de obra, mientras que las personales contemplaban a un número reducido de individuos que básicamente se dedicaba al servicio personal. Nos dice que una de las licencias más significativas es la que se otorgó a Hernán Vázquez en 1561 y que costó 30,000 ducados por 1,000 esclavos traídos de Cabo Verde y Guinea.

Con respecto a los contratos, estos fueron efectuados entre la Corona Española y los monopolistas o tratantes negreros. Un ejemplo de estos es el efectuado con los alemanes Ehinger y Seiler en donde se les permitía introducir a América 4,000 negros en cuatro años a cambio de 20,000 ducados (Naveda, 1987:14-15).

María del Pilar (Velasco, 1994:78) nos menciona, como dato importante, que el segundo virrey don Luis de Velasco, informa a Felipe II que existían 20,000 africanos en la Nueva España. Sin embargo este dato no contemplaba la población que entró de manera clandestina, ya que por lo mismo no se cuenta con registro alguno. En su carta al Rey, el virrey expresa su preocupación por este tema:

“Vuestra majestad mande que no se den tantas licencias para pasar negros, porque hay en esta Nueva España mas de veinte mil y van en aumento y tantos podrían ser que pusiesen la tierra en confusión” (Velasco, 1993:78).

El puerto de Veracruz fue la entrada de este comercio esclavista, que se inició durante el siglo XVI, aquí se establecieron los primeros “Asientos”, barracones en los cuales se “almacenaba” la mercancía hasta el momento de ser vendidos y desde este punto se distribuían las llamadas “piezas de indias” al resto de la Nueva España; “México constituyó uno de los mejores, sino el mejor de todos los mercados coloniales de mercancía humana” (Faulhaber, 1976:76-77) precisamente debido a esto es que existe hoy en día una gran población de descendientes africanos en toda la región del Golfo. Es también en esta región que, hacia 1609, un esclavo negro llamado Gaspar Yanga se escapó hacia las montañas veracruzanas dando origen a uno de los primeros palenques o pueblos cimarrones de México, aspectos de esta historia nos ha dejado novelados Vicente Riva Palacios, en *El*

libro rojo. Hoy en día es posible ver la estatua que se erigió en honor de este esclavo en el Municipio veracruzano que lleva su nombre y cuyo escudo representa a este personaje (véase figura 2.4), y hasta se llegó a celebrar, en Veracruz el “Festival anual de Yanga” para recordar su lucha por la libertad.

Ya establecidos en la Nueva España, los africanos y sus descendientes, fueron un elemento de importancia en el surgimiento de la naciente sociedad colonial, al mismo tiempo que ésta iba modificando la cultura de la población esclava, tanto indígena como africana. Los negros en la América esclavista no pudieron reconstruir las culturas africanas de las que procedían ya que eran consideradas bárbaras y primitivas, y sus formas religiosas demoníacas y heréticas. Los españoles trajeron a los africanos no sólo dentro de un modo de producción sino también como parte de su modo de vida.

Para justificar los terribles sufrimientos de la vida esclava, la ley española insistía en que los negros fueran bautizados en la fe católica como una condición para su entrada legal a las Indias. Los juristas españoles argüían que la vida de esclavitud era un pequeño precio a pagar por la oportunidad de la vida eterna junto a Cristo (Murphy, 1988: 27).

Podemos pensar que los esclavos africanos y asiáticos se encontraban en peores situaciones que los indios, ya que llegaron a América en calidad de mercancía, sin embargo esto significaba un alto costo de adquisición, por lo cuál dentro de la ciudad vivieron en condiciones más privilegiadas. Antonio Rubial (1994:70) nos habla de estos privilegios que les fueron otorgados teniendo la oportunidad de fungir como:

capataces, artesanos o trabajadores domésticos, los esclavos disfrutaban de libertades e incluso del derecho de quejarse a las autoridades por malos tratos. Por medio del ahorro o gracias al testamento de un amo dadivoso, muchos fueron liberados y procuraron asimilarse al resto de la población.

Debido al rápido crecimiento de la ciudad dentro de los ámbitos económico, político y social, se introdujeron una cantidad conside-

rable de negros para que desempeñaran diversas actividades como cocheros, zapateros, tejedores, panaderos, herreros, lavanderos, capataces, cargadores, carpinteros, cantores, músicos, mayordomos, criados, cocineros y como acompañantes (Modragón 1999:51). Incluso llegaron a participar en la construcción de obras importantes, ya que se tiene un registro que en 1538 Zumárraga asignó a tres negros para que trabajaran en la edificación de la primera catedral (Kubler, 1990:136). Aguirre Beltrán comenta que:

A diferencia del indígena, que reinterpretando sus viejos patrones aborígenes dentro de los moldes de la cultura occidental, logró reconstruir una nueva cultura indígena, el negro sólo pudo, en los casos en que alcanzó un mayor aislamiento, conservar algunos rasgos y complejos culturales africanos... (Aguirre Beltrán, 1989:10).

Estos esclavos no hicieron otra cosa que sincretizar su religión e ideas cosmogónicas con la religión impuesta por el nuevo orden, para salvar una parte de su cultura. Aunque en México esta presencia es mínima existen un sin número de vestigios culturales que se relacionan con la presencia negra en la Nueva España,

Todavía persisten en el país elementos culturales transmitidos por los primeros portadores negros inmigrados a México, y es posible identificar como africanos algunos hábitos motores, como el de llevar al niño a horcadas sobre la cadera o el de cargar pesos sobre la cabeza. También es demostrable la asignación de un origen africano al tipo de casa-habitación llamada redondo, que tomaron en préstamo los grupos indígenas amuzga, mixteca y trique. (Aguirre Beltrán, 1989: 12).

4.1 El contexto arqueológico

Debido a que ya conocemos, de manera muy general, como se introdujo la población negra a la capital de la Nueva España y en que condiciones se mantuvieron, es importante ahora conocer en que tipos de contextos podríamos encontrar ciertas evidencias materiales que nos conlleven a interpretar, si es posible, actividades concretas relacionadas con la vida cotidiana y religiosa de este grupo.

Relacionando a los negros con los trabajos domésticos, contaban con mejores condiciones de vida que muchos de los indígenas, aunque dentro de la casa existían jerarquías entre ellos estando asignados a los hombres las funciones de cocineros, caballeros y mayordomos. Por otro lado a las jóvenes se les asignaban actividades relacionadas con la limpieza mientras que a las de edad avanzada fungían como amas de llaves, amas de cría y cocineras. Los esclavos de menor edad tenían una función de ornato y constituían una especie de mascotas. Esta serie de actividades de servicio que realizaban los esclavos negros se encuentra presente aún en la casa del virrey, en donde contaba con más o menos sesenta sirvientes y esclavos a su servicio y el de sus invitados y huéspedes (Ainton en Mondragón, 1999:65).

Por otro lado Aguirre (1994:57-59) nos dice que los negros adultos, como un elemento de prestigio, escoltaban a sus amos en diversas procesiones y que también los acompañaban a la iglesia, ya que se contaba con la autorización del Concilio Provincial Mexicano de 1555 de asistir a este tipo de ceremonias religiosas. De igual manera los infantes de color se encargaban de llevar la alfombra o cojín donde su ama se arrodillaba en el templo, además de cargar el libro de misa y el abanico llegando a ser, en algunos casos hasta 5 pajes. Doris Ladd (1991:34) menciona que llegaron a requerir desde 10 hasta 20 criados en algunas de las casas de elite de la Nueva España, además de que se conoce que a partir de 1545 en adelante, existió un número mayor de contratos de compra-venta de esclavos (Zavala, 1988:27).

Además de realizar las actividades mencionadas en espacios domésticos, se conoce que también sirvieron como esclavas a gran

cantidad de monjas, a las cuáles se les permitían tener una sola de ellas, estando especificado dentro de las ordenanzas de cada convento. Sin embargo se conocen datos de que generalmente el número excedía por mucho esta orden realizando actividades domésticas y participando como ayuda en algunas actividades religiosas de sus amas como la flajelación. También se conoce que algunos clérigos llegaron a contar con los servicios de negros (Ladd, 1991:27).

Se conoce que en 1560 la población mestiza era de casi 2,000 personas y de los cuáles 1,000 eran negros y mulatos (Mijares, 1993 en Mondragón, 1999:49). Diez años después, 1570, el Virreinato contaba con 20,569 individuos pertenecientes a la población negra residiendo en la Ciudad de México 11,736 (Mondragón, 1999:49).

Durante las últimas cuatro décadas en nuestro país ha habido un considerable incremento en los trabajos arqueológicos relacionados con la llamada Arqueología Histórica, lo cual nos ha permitido ampliar el universo de investigación así como nuestros conocimientos sobre la vida cotidiana de la colonia y siglos posteriores. Gracias a esto, varios arqueólogos han tenido el interés de conocer e identificar diversas actividades que se llevaron a cabo dentro de este periodo, derivándose en importantes investigaciones que nos hablan del uso y re-huso de espacios habitacionales comunes y privados como son los hospitales, los conventos, jardines, plazas, fábricas, acequias, entre otros; dentro de los cuáles se han detectado diferentes áreas de actividades.

La arqueología, al trabajar con la cultura material para explicar los procesos del pasado, maneja evidencias diferentes a la historia documental; y en el caso de la llamada Arqueología Histórica tenemos la posibilidad de utilizar ambas fuentes para tener un panorama más amplio del pasado. Al articular ambos datos estos pueden ser contrastados lo que nos permite saber si se complementan o contradicen a partir de lo cual podremos comenzar a entender con mayor profundidad los aspectos de la vida cotidiana que no se han plasmado del todo en el texto histórico o literario.

Desgraciadamente, en algunas ocasiones hemos pasado por alto ciertos contextos arqueológicos coloniales que a simple vista pare-

cieran no tener asociación ya que como nos falta información sobre este tema los obviamos; en la mayoría de los casos se trata de pequeños elementos, que pueden ser de hueso, madera, vidrio, o conchas, y que por lo general, terminan siendo clasificados dentro de los apartados de miscelánea. Estos incluyen pequeñas figurillas antropomorfas de madera, tela, hueso, que aparecen en lugares aislados de las viviendas coloniales; bajo huecos de escaleras, basureiros, fondos de patios, entre las juntas de los ladrillos; que pueden ser relacionadas como rellenos, o pérdidas.

Gante (Pulido, 1997:207) nos menciona que las construcciones, tanto civiles como religiosas y públicas, eran de dimensiones bastante amplias ya que se contaba con mucho terreno para construcción, se componían de uno o dos pisos con muros gruesos y generalmente de constitución baja. Dentro de una casa del siglo XVI existía una gran extensión que dividía las habitaciones de los criados y servidores de la de los amos. A este elemento Kubler le llamó “pares de casas”.

La casa colonial posee una distribución característica en toda América latina, los amos viven en la parte del frente y los servicios y dependencias están en la parte posterior, es aquí donde viven los indígenas y los negros esclavos que están al servicio, este es el ámbito que nos interesa, ya que aquí es donde se desarrollan las actividades de los esclavos negros y donde pudieron realizar sus breves rituales, debemos suponer que en ausencia de los amos en momentos oportunos como la noche; por supuesto existen rituales de cierta complejidad que debieron ser realizado en otros sitios, como los palenques donde se refugiaban los negros cimarrones, fuera del alcance del blanco, en las regiones de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca.

Las religiones africanas, que vinieron con estos grupos, poseen rituales complejos en los que se utilizan elementos que parecieran ser simples. En estas concepciones se pueden identificar varios aspectos comunes como creer en espíritus naturales, el culto a los antepasados y a los *Orishas*, deidades que posteriormente fueron llamadas Santos por el influjo católico; así como prácticas mágicas y la interpretación del *Ifá*, los cocos y los caracoles, especies de oráculos a los que se consulta para

comprender las causas de lo que nos ocurre y saber si los dioses están contentos o no. Al respecto Caunedo menciona que:

La religión estaba vinculada al concepto de familia, que engloba tanto a vivos como a muertos surgidos de un ancestro común. A estos antepasados se les atribuía el control sobre determinadas fuerzas naturales y fundamentalmente el conocimiento de las propiedades de las plantas, que representan la única medicina (Caunedo, 1984:8).

Debemos tomar en cuenta que estas religiones son, ante todo, animistas, donde los elementos de la naturaleza poseen una carga divina, por lo mismo cualquier espacio puede ser adaptado para la realización de ceremonias, la mayoría de las cuales implican toques de tambores, danzas o bembés, la preparación y consumo de alimentos rituales y sacrificio de ciertos animales. De la misma manera en que en la fe Católica a los santos se les dejan velas, en las religiones africanas se les ofrendan alimentos que se depositan en jícaras o vasijas de corteza de calabaza, aguardiente, tabaco, pipas, collares de colores que tienen relación directa con los atributos del *Orisha*, juguetes, todos ellos elementos que pueden resultar cotidianos. Por otro lado, en la interpretación de los oráculos se utilizan cáscaras secas de coco cortadas a manera de pequeñas “fichas”, caracolillos o fragmentos de hueso, y en el caso de la lectura del *Ifú*, este consiste en una tabla redonda, con uno de sus bordes labrado, en la superficie tiene cuatro puntos marcados en sus extremos que representan las cuatro esquinas del mundo (Caunedo, 1984: 13).

Todas estas prácticas llevaron, durante la época colonial, a que al ser descubiertas se las relacionara de inmediato con “obras demoníacas” y por lo mismo existe una gran cantidad de actas y documentos inquisitoriales, en toda América Latina donde se acusa y juzga a los esclavos negros por “brujería”. De ahí que muchos de estos rituales se desarrollaran en los Palenques, en muchos casos tenemos noticia de que los indígenas apoyan y esconden las activi-

dades de los negros, por lo cual no debe sorprendernos que no los denuncien. Probablemente esto se debiera a que ellos mismos, al estar esclavizados por los conquistadores españoles, comprendían la terrible vida que llevaban los esclavos negros:

Se acordó, que se evite el que algunos negros que se han ido de sus amos, los indios los encubran y ayuden, para evitar mayores males.

(Acta del 15 de septiembre de 1544, O´Gorman, 1979)

Los estudios sobre población afroamericana han cobrado impulso durante los últimos años en toda Latinoamérica y tal vez no sería erróneo comenzar a realizar comparaciones con otras partes del continente para tener un punto de partida concreto. Esto mismo se ha hecho en Argentina donde el uso de analogías con Estados Unidos, Brasil, y el resto del Caribe ha servido para iniciar la investigación en el tema (Schávelzón 1999b, 1999c). En las excavaciones realizadas en la Ciudad de Buenos Aires, por el doctor Daniel Schávelzón y su equipo, particularmente en la “Casa Ezcurra” ubicada esta en pleno centro de la ciudad colonial, se han encontrado gran cantidad de elementos que en un principio nos resultaban fuera de contexto o aislados (véase figura 3.4 y 4.4), y cuya interpretación inicial fue errónea, muchos de los cuales fueron incluidos dentro de los grupos de micelánea:

Lo que primero sirvió de disparador del tema fueron las pipas de formas u ornamentos africanos, o de tradición africana; más tarde surgieron las piedras adivinatorias, los bastones serpentiformes, cerámicas de uso cotidiano en especial para cocinar siguiendo patrones africanos, esculturas, muñecos vudú, instrumentos de corte hechos en vidrio y hueso incluso en el siglo XIX, marcas de propiedad y cosmogramas mágicos en las bases de platos, en pipas y ollas, entierros rituales, collares y un largo conjunto de objetos típicos de la cultura de la diáspora africana en América. Y por supuesto lo mestizado, con lo indígena en la cerámica y con lo blanco, incluso en casas en que población Afro usó lozas y porcelanas aunque dejando su impronta en una selección peculiar de objetos, decoraciones y formas de uso.”(Schávelzón 1999b).

La resistencia al blanco se dio de forma diferente que las maneras violentas de otras regiones; aquí se hizo silenciosamente, manteniendo las tradiciones al cocinar, hacer cerámicas para su propia vajilla, al dibujar sus símbolos mágicos en las bases de los recipientes para sus propias medicinas, en su manera de fumar, en el sarcasmo y en el idioma usado en los bailes y candombes frente al blanco (*Ibid*).

Por el tema de esta trabajo, nos enfocamos a reflexionar en trabajar con cuidado los espacios susceptibles a encontrar alguna de las evidencias ya mencionadas como lo pueden ser los que conforman el área de servicio, como los traspatios, cuartos de herrajes, área de lavado, talleres, cocina, panadería, cuarto de amasijo, bodegas, patios de horno, galerías, cubos de escaleras, entrepisos, baños y lavaderos entre otros espacios en donde posiblemente se hayan estando desarrollando ciertas actividades que denoten cualquier actividad, ya sea de tipo cotidiano y/o religioso.